

San Rafael

Luchas y resistencias

— Catálogo de exposición —



REPARACIONES



Centro Nacional
de Memoria Histórica

NO ACEPTE SU VENTA
Distribución
gratuita
NO ACEPTE SU VENTA

San Rafael

Luchas y resistencias

— *Catálogo de exposición* —



Centro Nacional
de Memoria Histórica

San Rafael. Luchas y resistencias

Juan Carlos Jiménez Suárez
Investigador

Daniel Dorado Gaviria
Museólogo

Camilo Lozano Páez
Asistente de investigación

Ana Edilma Sánchez
Dora Margarita Buritica
José Abad Escudero
Luz Marina García
María Elvia Giraldo
Luz Helena Giraldo
Antonio José Palacios
María Dioselina García
Francisco José Escudero
María Matilde Usme
Daniel Salvador Escudero
Ana Cristina Jiménez
Diana María Mazo
Celedonio Mazo Aguilar
Fátima Marín Marín
Integrantes del comité de impulso de San Rafael

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Rubén Darío Acevedo Carmona
Director General

Jenny Juliet Lopera Morales (2021)
Directora Técnica para la Construcción de la Memoria Histórica

Luis Alberto Moreno Perez (2022)
Director Técnico para la Construcción de la Memoria Histórica

Carolina Restrepo Suesca
Líder Estrategia de Reparaciones

San Rafael. Luchas y resistencias

Primera edición: marzo de 2022

Número de páginas: 54

Formato: 16,5 x 23 cm

Líder Estrategia de Comunicaciones

Bibiana Rosero Peraza

Coordinación editorial

Diana Gamba Buitrago (2021)

Coordinación editorial

Yennyferth Tatiana Lozano (2022)

Diseño y diagramación

Kevin Nieto Vallejo

Ilustraciones

©Kevin Nieto Vallejo para el CNMH

©Centro Nacional de Memoria Histórica

Carrera 7 núm. 27- 18

PBX: (571) 796 5060

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá D.C. - Colombia

Impreso en Colombia. Printed in Colombia

Queda hecho el depósito legal.

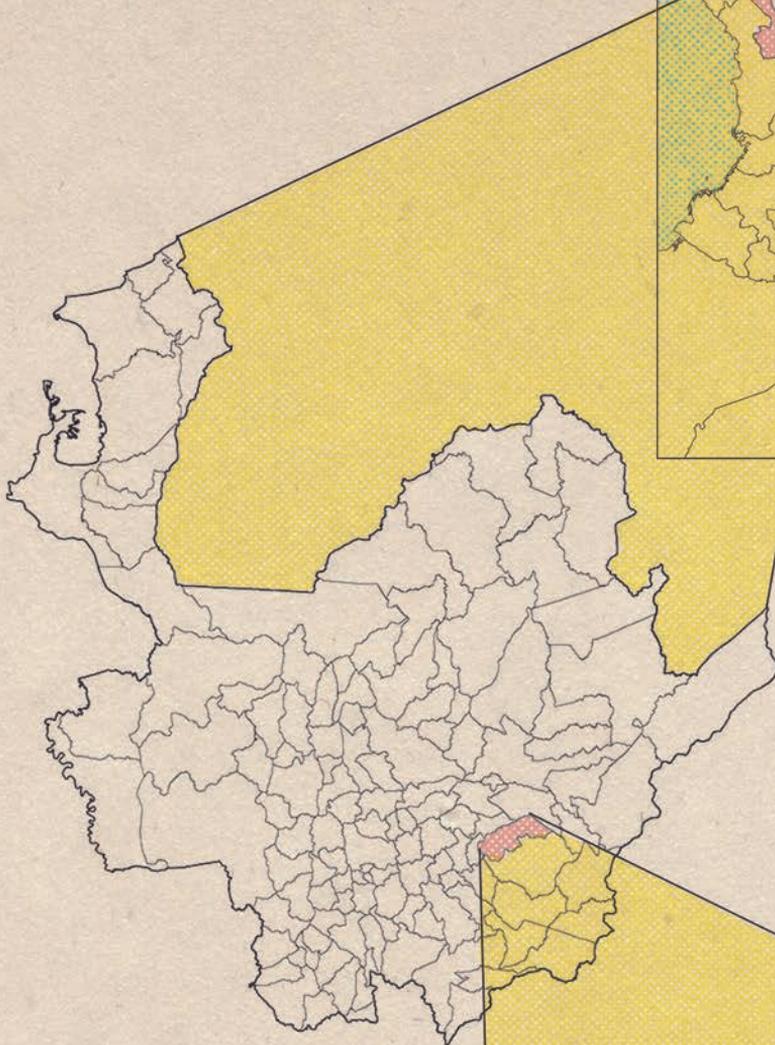
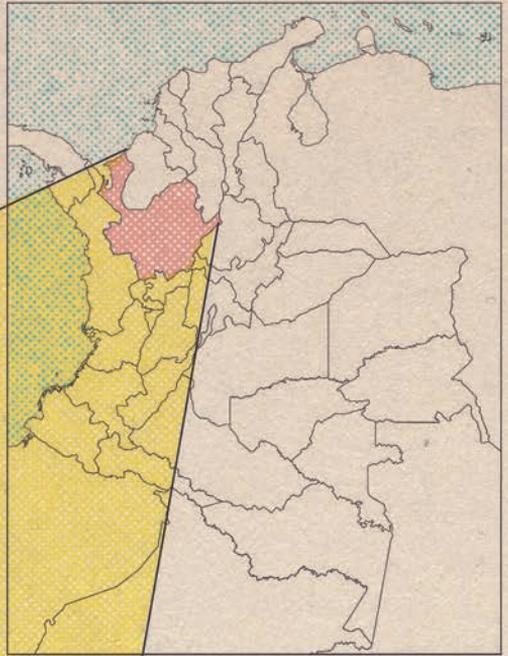
Cómo citar

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2022). *San Rafael. Luchas y resistencias*. CNMH.

Este catálogo es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos patrimoniales de esta publicación.

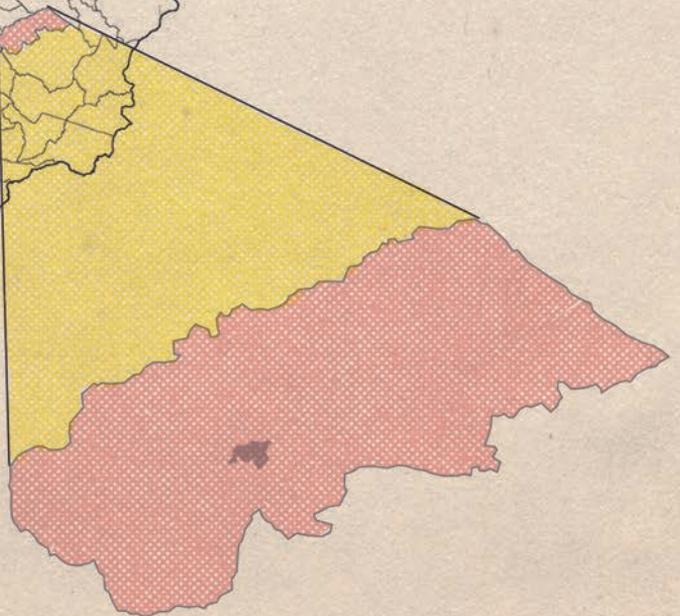
Los nombres de los participantes han sido cambiados para proteger su identidad e integridad.

Colombia



Departamento
de Antioquia

Municipio
de San Rafael



Esta exposición hace parte del cumplimiento al componente simbólico del PIRC (Plan Integral de Reparación Colectiva) del área urbana de San Rafael, cuya responsabilidad para el CNMH es crear una línea de tiempo de los hechos ocurridos en el marco del conflicto armado, vincular la experiencia de quienes retornaron y resistieron, con guías de memoria histórica y articulación con redes culturales. Para darle cumplimiento, el CNMH se acercó al municipio antioqueño para poder consolidar una idea sólida que pudiera dar respuesta a sus objetivos e intereses. De varias propuestas que se exploraron, se acogió finalmente una exposición gráfica con componentes itinerantes, acompañada de un catálogo.

En todo el proceso fue clave la colaboración y paciencia de la comunidad, que de manera amable aceptó a dar sus testimonios y a participar en la construcción de la exposición. Entonces, no es impreciso decir que la comunidad de San Rafael se apropió de la propuesta; trabajó de lleno en cada una de las etapas hasta que se dio con un resultado que los entusiasmó completamente. Que sea esta la oportunidad para agradecerle por su empeño.

Esta presentación cuenta con dos tipos de relatos. El primero es gráfico, cuyo interés es presentar la línea de tiempo y los objetos y símbolos que hacen referencia a la resistencia. El segundo es precisamente este catálogo, el cual contiene un apartado sobre la historia de San Rafael, desde su nacimiento hasta una descripción de la presencia de los actores armados, acompañado de relatos que narran algunas de las formas usadas por los sanrafaelitas para resistir y enfrentar el conflicto. Esta última parte es quizás el elemento con más vitalidad que contiene este librito; es el resultado de varias jornadas de entrevistas individuales, familiares y colectivas, en las que se reconstruyeron varios de los hechos aquí narrados. Si bien hay elementos literarios a los que fue necesario recurrir, los detalles no fueron modificados; se evitó además el uso de nombres propios por decisión de los entrevistados.

El CNMH espera que el cumplimiento de la medida de reparación sea un paso más en la consolidación de un ambiente de paz y de continuidad en la reconstrucción del tejido social.

Estrategia de Reparaciones, CNMH.

Veredas de San Rafael



1. El Ingenio
2. Camelias
3. San Julián
4. La Dorada
5. Santa Cruz
6. Las Divisas
7. Las Flores
8. La Iraca
9. Agua Bonita
10. El Diamante
11. Puente Tierra
12. El Topacio
13. Chico
14. El Gólgota
15. La Mesa
16. La Granja
17. La Florida

18. La Luz
19. Playas
20. El Jague
21. San Agustín
22. El Silencio
23. Balsas
24. Los Centros
25. Tesorito
26. El Cardial
27. La Pradera
28. El Guadual
29. El Brasil
30. El Totumito
- 31. Casco urbano de San Rafael**
32. La Cumbre
33. Dantas

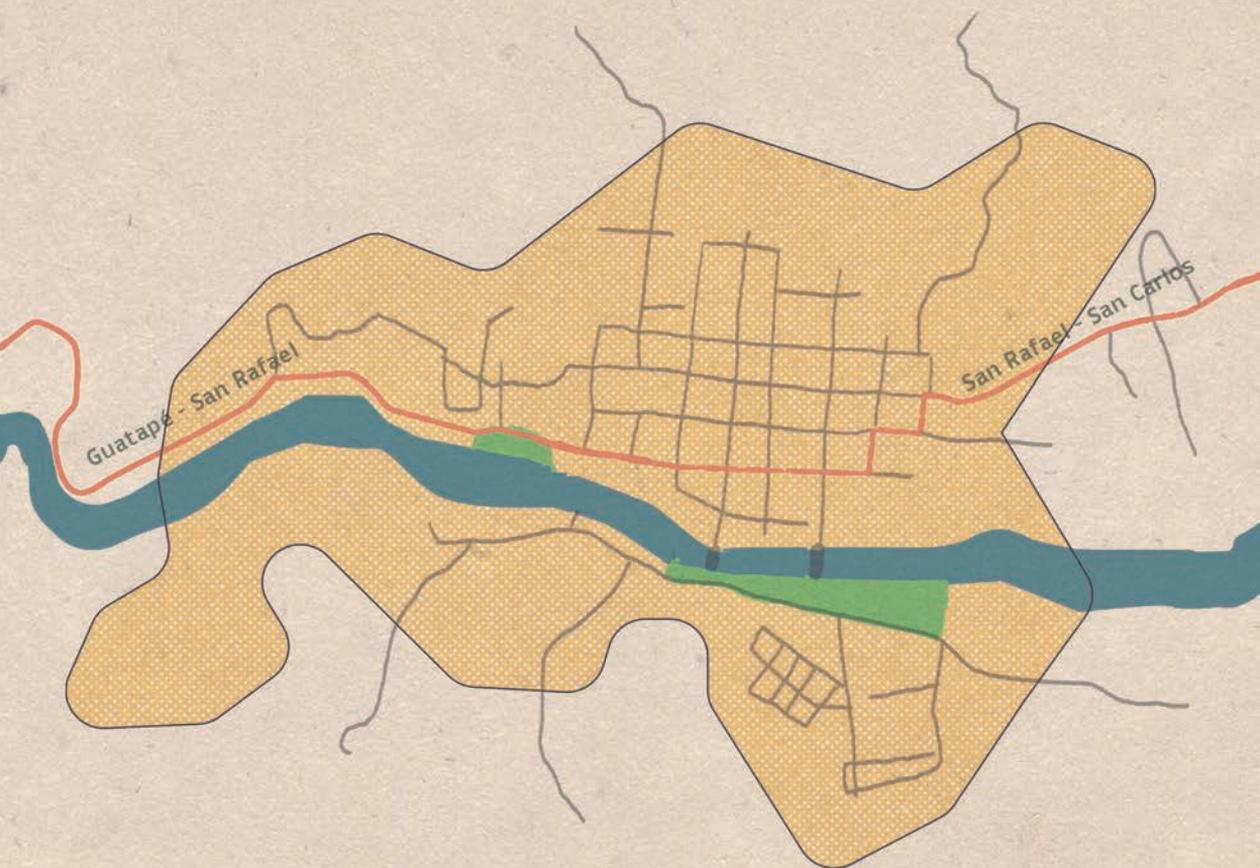
34. Danticas
35. Piedras Arriba
36. Cuervos
37. Arenal
38. La Estrella
39. La Honda
40. El Charco
41. Manila
42. Piedras Abajo
43. Los Medios
44. Guadualito
45. El Bizcocho
46. Boquerón
47. San Miguel
48. Falditas
49. Farallones
50. Santa María
51. Ciprés
52. Media Cuesta
53. La Clara
54. Peñoles
55. Churimo
56. Quebradona
57. La Rápida
58. Macanal

Presentación



¡Hola! Te doy la bienvenida. Estás invitado a explorar y reflexionar. Esta exposición es tuya, pues se trata de ti y de San Rafael. ¿Eso es posible? Lo es. Es seguro que mucho de lo que encuentres no esté alejado de lo que viviste o te contaron; podría pasarte que, al estar frente a una imagen, repasando algún hecho, o en alguna historia que leas, sientas que se trata de tu vida, o la de un amigo o familiar. Al fin y al cabo, todo lo mostrado y escrito viene de nuestros testimonios: un líder comunal, un conductor de escalera, una profesora, un diputado, alguien que trabaja en un restaurante, una familia, un vecino, una mujer que pasó a tu lado.

Casco urbano de San Rafael



Una historia sobre San Rafael



Así nacimos

Dicen que los cuentos comienzan con un érase una vez. Esta historia que te narraré es igual. Escucha entonces: Érase una vez un pueblo llamado San Rafael que nació dos veces y tuvo dos padres. Curioso, ¿no? Su primer nacimiento fue en 1863 y su primer padre no fue una figura de carne y hueso: Fue toda una comunidad. Fueron los campesinos mineros que provenían de los municipios de Santa Rosa de Osos, Donmatías y de El Peñol, quienes se asentaron en las riberas de la quebrada La Veta, en busca de oro. Se organizaron en el paraje denominado La Cuchilla y fueron creciendo, tanto que a los dos años, en 1865, ya fueron un caserío. Pero no paró ahí: para 1887 ya eran un corregimiento, y en 1892 pasaron a ser municipio, bautizado ya formalmente bajo el nombre de San Rafael.

Y así fuimos creciendo, conservando la vocación minera. Sin embargo, cada vez fueron más las manos que extraían el oro. Los mineros entenderían que pronto llegaría el momento en que aquellos ríos y los arroyos fueran a sostenerlos, como les pasó antes de llegar. ¿Otra vez salir a buscar otras tierras, otros ríos? Fue una difícil situación, pues ya habían echado raíces. Es en ese instante que surgió la figura del segundo de sus padres, este sí una sola persona. Te hablo del presbítero José Jesús Correa Jaramillo.

El padre Correa llegó el 6 de noviembre de 1894 y de inmediato se percató no solo de la incertidumbre de la gente, a qué se dedicarían para subsistir, sino también por la forma en que se levantó el pueblo, con sus viviendas y calles en malas condiciones, y sin un lugar adecuado para reunirse para orar. Reunió entonces a las familias para proponerles el traslado, uno más, el último, al sitio conocido como El Valle, a tan solo un kilómetro de donde estaban. La idea fue aceptada y San Rafael nació de nuevo el 5 de agosto de 1905.

Sin embargo, aún estaba pendiente el problema de la subsistencia, y el padre Correa era consciente de ello. Insistió en buscar otras formas de trabajo para no depender de la minería, pues, de seguir así, era seguro que el tiempo traería crisis similares. Decidió entonces incentivar las actividades agrícolas entre la comunidad,

aprovechando la fertilidad de las tierras. Y así fue. La agricultura comenzó a apreciarse más, aunque, hay que mencionarlo, la tradición minera no se abandonó.

No se trataba de un capricho: es que la búsqueda de oro tiene que ver con nuestra identidad. Nuestros padres y abuelos veían en la minería no solo un trabajo: era un espacio para la vida. Te explico: Alrededor de la minería, nuestras familias se divertían, realizaban paseos a las quebradas y ríos, cargados de una olla, anzuelos de pesca y una batea para *echar una cateada* y arañar pelusas de oro; o los fines de semana, cuando salían de la misa, se pasaba a la plaza principal para comerciar con las pepitas de oro. Es pocas palabras, alrededor del oro se desarrolló una parte de nuestra cultura.

Suenan las campanas

El tiempo pasó y las cosas marcharon de buena manera. Pero este buen ambiente comenzó a decaer y se dieron otras formas de crisis. En los años sesenta, precisamente en 1964, sin saberlo, sin preguntarnos, arrancó la construcción de las hidroeléctricas con los embalses de las centrales de Playas y Jaguas. Muchas de las tierras que se dedicaron a la agricultura fueron inundadas y las familias que habían decidido fundamentar su proyecto de vida en los cultivos, no les quedó otra que buscar otro futuro. Algunos de ellos fueron a intentarlo en el centro del pueblo. ¿Por qué? Las hidroeléctricas significaban trabajo y buenos salarios, y aquí, en el casco urbano, se instaló uno de los campamentos principales de las empresas constructoras. Nos repetían que había llegado el progreso, y esa idea tentó a muchos. De un momento a otro, a los campesinos expulsados de sus tierras por el desarrollo se les sumaron los campesinos mineros; y con ellos, habitantes de los municipios vecinos, todo aquel en la región que buscaba y necesitaba una mejor oportunidad, hasta extranjeros. ¡Imagínate! Fue un escenario descomunal el aumento considerable que tuvimos. Te doy una cifra para que la tengas presente: entre 1973 y 1981, pasamos de 3.610 a 13.290 habitantes. ¡Una locura! Sí, había trabajo para todos, pero de a poco fuimos viendo que se comenzaban a dar algunas situaciones más complicadas: las calles estaban siendo devastadas por la maquinaria pesada, había exceso de ruido, se elevaron los precios de los productos, había falta de viviendas para todos; en la escuela no tenían ya cupos, aumentaba el consumo de licor y de drogas, así como la prostitución...



Con el auge de los embalses culturalmente San Rafael cambió. El solo hecho de encontrarse con otras culturas. Gente del Valle, gente de Nariño, gente de Bogotá e inclusive con extranjeros (brasileros), eso hizo que cambiara la idiosincrasia de San Rafael porque, digamos, en los pueblos de Antioquia, las relaciones eran entre la misma gente de los pueblos. Ya entraron a los círculos sociales... gente de otras regiones....luego se escuchaba decir “que ya la hija del señor tal, era casada con un señor del Valle”. Ellos llegaron aquí, pero usted no sabía quién... También se oía decir: “la hija de fulano que se voló, se enroló con otro. No se casó, sino.... que de la noche a la mañana se acostó, pero no amaneció.... Se voló”. Eso empieza a cambiar.

Nosotros, ni ningún municipio de la región, estaba preparado para los cambios. En los años setenta, la inconformidad llevó a que algunos de nosotros nos organizáramos. Se recurrió a paros cívicos y a las protestas para rechazar el desvío de los cauces de los ríos y los desalojos en las áreas cercanas a estos, y porque no se le permitía a los mineros sacar oro. Las haciendas agrícolas, aquellas que impulsó el padre Correa, se fueron quedando solas porque ya no había quién las trabajara. Y lo más grave, estos cambios fueron acabando con nuestras tradiciones culturales.

En este ambiente fueron apareciendo grupos organizados: sindicatos como la UTC (Unión de Trabajadores de Colombia), agremiaciones de campesinos como la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos) y movimientos políticos, como la Anapo (Alianza Nacional Popular), la UNO (Unión Nacional de Oposición) y el MRL (Movimiento Revolucionario Liberal). Los tiempos se tornaron complejos. Desde las hidroeléctricas y las voces oficiales, se señalaba de agitador, de opositor al desarrollo a quienes se opusieran a la obra. Eso sucedió en el pueblo. Mientras tanto, en las veredas como San Julián, El Ingenio y La Iraca, en las postrimerías del río Nare, el malestar con las hidroeléctricas tuvo una cara diferente.

Desconocidos llegaban y hacían preguntas; convocaban a reuniones, pedían que, por favor, se les escuchara. Te estoy hablando de 1976. Los campesinos no sabían quiénes eran y, al referirse a ellos, se les decía *la gente de monte*. Se trata de uno de los primeros indicios de la llegada de la guerrilla de las Farc. Y con ellos, el inicio de varios ciclos del conflicto armado que tuvimos en San Rafael.

¿Pero sabes? Hablar de violencia no es del todo nuevo para San Rafael. Mira que varios años antes, en los años cuarenta y cincuenta, en el municipio se dio el enfrentamiento entre los seguidores de los liberales y conservadores, lo que han llamado la época de La Violencia. Acá tuvo varios escenarios. No es secreto que hemos tenido una fuerte tradición católica unida a las ideas conservadoras, los que ayudó a exacerbar un discurso político sobre otro. En ocasiones, desde el púlpito, el párroco del pueblo leía en voz alta las declaraciones de ciudadanos que renunciaban al Partido Liberal; y seguido, invitaban a que otros con las mismas ideas lo hicieran y que defendieran los postulados de la Iglesia con vehemencia. Para cada uno de los grupos, los culpables de los desmanes que ocurrían, siempre era el contradictor.

Porque el día domingo se alborotaban los conservadores. Cualquier viejito salía de la iglesia, y entonces decían: “¡Viva Cristo Rey!, ¡Viva la Iglesia Católica!”(...) y a pocas vueltas ya se toreaban, sacaban machetes, pero no hubo un muerto (...) la plancha, y al que se encerraba en la tienda le daban unos planazos a la puerta y de pronto le picaban con el machete a la puerta, y eso se volvía pues tremendo, porque ya pues los conservadores sacaron las uñas; no se dejaron humillar tanto de los otros. Y así siguió hasta que ya se pacificó la cosa. Y ya que se arregló mucho con la cosa esa de que si el pueblo era liberal, ahí tenía su alcalde liberal y el secretario, conservador; pueblo conservador tenía pues su alcalde conservador y secretario liberal.



Desde esa época, por los caminos sanrafaelitas transitarían *Los Pájaros*, aquel grupo armado que contaría con el apoyo de los gobiernos conservadores para perseguir a las guerrillas liberales. Y por estas mismas rutas que comunicaban el nordeste antioqueño con la región del Magdalena Medio, se volverán a usar años más adelante.





Lo que se desató

En los inicios de los años ochenta se siguió hablando del arribo de más y más desconocidos, quienes dicen querer ser mineros. De repente, del municipio vecino de Caracolí nos llegó una noticia: hubo una toma armada al pueblo. La información se nos hizo tan lejana, como si eso no fuera posible de sucedernos. No pasaría mucho tiempo cuando nos tocó. A finales de 1982, uno de estos desconocidos, llamado Eucaris, comenzó a impartir órdenes a los demás; exigió la salida de dos norteamericanos que trabajaban con una draga en el río y la de un vendedor de droga, al parecer bazuco. Este último no hizo caso y después se conoció más su paradero. Fue dado por desaparecido, lo que provocó el miedo y el desplazamiento de varios habitantes.

Como esta, se fueron conociendo más historias, asimismo de asesinatos selectivos, de limpieza social, de extorsión a comerciantes, ganaderos y dueños de fincas. Quien no pagaba era asesinado. Aquellas trochas usadas antes por *Los Pájaros*, como te conté, veían ahora las filas guerrilleras. Cada vez fueron más los relatos de lo que cometía la guerrilla, que ya en este punto no tenían problemas en confesar quiénes eran.



Llegó un señor por aquí y a los cuatro o cinco meses ya comenzó a decir que él era guerrillero, que esto era muy bueno, que esa gente no mataba a nadie. Bueno, siguieron jodiendo con eso y que era guerrillero. Al poco tiempo fue llegando gente ya forastera. Uno inocente, pues de que eso con el tiempo llevaba consecuencias más malucas.

Los años ochenta fueron muy complejos. Mientras esto nos ocurría, el discurso oficial señalaba al oriente antioqueño como una región de progreso, con un complejo hidroeléctrico andando, junto con la futura inauguración de la nueva vía Bogotá – Medellín y el aeropuerto José María Córdova, para 1985, como grandes conectores. ¿Y nosotros? Para San Rafael y los municipios de alrededor había otros apuros que merecían atención. Uno de ellos, del día a día, el aumento de los servicios de energía eléctrica, que alimentó los argumentos para los movimientos de protesta. En 1983 se presentó otro hecho importante: ISA (Interconexión Eléctrica S. A.), la empresa a la cabeza del proyecto hidroeléctrico, le solicitó a la Inspección de Policía que impidiera el ingreso de los mineros a las zonas de desviación de los ríos, pues consideraba que, al extraer el oro, estaban cometiendo actos que perturbaban

el ambiente y no dejaban avanzar las obras. El Ejército se encargó de hacer cumplir la petición y actuó, aunque de maneras diferentes: obligó a los que pillara a lanzar lo recogido al río, junto con las herramientas de trabajo. Sin embargo, si el minero estaba de suerte, los militares aceptaban pequeñas porciones a manera de sobornos. En todo caso, en el ambiente había indignación, lo que daría aire a la labor de nuevas fuerzas políticas, como la Unión Nacional de Oposición, el Frente Democrático y la UP (Unión Patriótica), y claro, también a la guerrilla.

Cuando se quedaron sin trabajo, se amotinaron porque ya no tenían qué comer, iban a acabar con el pueblo y entonces alguna persona fue y nos llamó al padre Roberto y a mí, porque si no íbamos, iban acabar con lo que había. Entonces nosotros fuimos, ellos se estaban reuniendo en el teatro. El padre y yo llegamos y en ese momento estaban empezando, hablando de organizar un Comité Pro-defensa de los derechos de San Rafael.



Los nuevos partidos hablaron a los oídos de mineros y campesinos, quienes estuvieron listos a escuchar. La UP, con su apoyo a la creación de varias organizaciones sociales, buscó conformar y aumentar su base social; recurrió principalmente a los mineros afectados por la construcción de los embalses de Playas y Jaguas, quienes escucharon atentos las propuestas. El discurso convenció también a otros; atrajo el interés de líderes de otros partidos de izquierda, como Alejo Arango; de representantes estudiantiles, como Rosa Margarita Daza; y de sindicalistas, como Froilán Arango. La UP, junto con los otros partidos nacientes, buscó a través de coaliciones enfrentar la tradición conservadora de San Rafael. Con el tiempo, la UP se alzó con dos concejales, lo que produjo temores en sectores, sobretodo en los tradicionales. Hubo miedo, nos dijeron, de caer en manos del comunismo, y la prueba estaba en la capacidad de convocatoria que tenían.

Pese a salir de la entraña de las Farc, la UP no logró que se le viera como un movimiento desligado de esta guerrilla. Y se le suma que sus actuaciones fueron confusas. Por ejemplo, en varias zonas veredales, los campesinos no distinguían quién les hablaba, si la UP o las Farc, puesto que las presiones eran las mismas.



Recuerdo mucho cuando (...) hubo una invitación de la UP, que iba a haber acá una reunión y que todas las veredas tenían que juntarse acá en la zona urbana porque, de lo contrario, el que se quedara en los campos, que iba a bajar el Ejército e iba a bombardear lo que hubiera, el que se quedara lo iba a bombardear. Entonces recuerdo mucho que bajó el doctor Froilán a San Julián y otros señores, unos jefes de la guerrilla a invitarnos. Como yo era el presidente de la junta, que teníamos que venir.

En el centro del pueblo, la dinámica era diferente. Las movilizaciones eran una de sus estrategias más efectivas. Antes de hacer un llamado a las calles, pegaban afiches para invitar a que el pueblo asistiera. No obstante, había ocasiones en que, si un comerciante no había cerrado su negocio, lo obligaban a hacerlo; y también en las que el mensaje era directo: *si no va, le puede pasar algo más tarde*. Con todo, las manifestaciones eran multitudinarias, con presencia de campesinos de las veredas. A quienes marchaban, sea por convicción o por presión, estos actos les acarrea otro riesgo: en los techos de las casas se apostaban miembros del Ejército, quienes memorizaban los rostros, que luego relacionarán directamente con ser guerrilleros. Un claro acto de estigmatización.

Y es que, desde un tiempo atrás, la Fuerza Pública había estado apuntando a campesinos y otros miembros de la comunidad de ser guerrilleros. En algunos casos, la acusación fue más específica: eran sicarios. A las marchas y protestas se les respondió con represión armada, y la persecución política a militantes de la UP finalizó con el desplazamiento, las desapariciones forzadas y los asesinatos de varios de sus líderes.

Acá en San Rafael, no son pocos los testimonios que coinciden en distinguir en el capitán del Ejército Carlos Enrique Martínez Orozco, a uno de los oficiales que lideró la estigmatización y la persecución. Desde su arribo al municipio, el oficial hizo patrullajes y requisas y militarizó algunas veredas; asistió a los colegios, dio charlas e interrogó a los escolares sobre lo que hacían sus padres; sus tropas aparecieron en las escuelas exigiendo dormitorios, tomaron la comida de los profesores, los amenazaron de estar en una *zona roja*. En las vacaciones escolares, los colegios fueron tomados como campamentos.



Ya vino Martínez aquí y ya empezó a decir que iba a acabar con el pueblo, que iba a limpiar el río, que iba a limpiar el pueblo, “este cagadero”, decía, lo decía y así fue, lo dijo y lo cumplió.

Era 1988 y en el centro del pueblo hubo control del Ejército. Al mando del capitán Martínez, en los días lunes se instalaron retenes militares, que se convertirían en una expresión violenta. Quienes viajan en los buses eran obligados identificarse y a descargar sus pertenencias para ser revisadas. El trato llegó a las agresiones físicas y verbales.

Requisaba costal por costal, bolso por bolso, maltrataban al personal. A mí, inclusive me dieron pata, me dieron una patada. Con el pie cogieron y me pegaron una patada porque me preguntaron: “¿Usted para dónde va?”, y le dije: “Voy para el Nare”. Entonces un cabo sacó una patada y me dijo: “Tenía que ser guerrillero, hijuetantas”[...]. El Ejército trataba muy mal al personal de San Rafael, no es que era pata y era insultos, y le cogían a uno la cédula, la revisaban y se la tiraban a uno así: “Vea, tenga, váyase, cójala”. Entonces un trato muy indigno en esa época del mismo Ejército.



Marcharían las cosas de la misma forma por un tiempo. No nos imaginábamos que podría ser peor. Diez años después, en 1998, ocurrieron dos hechos que anunciaron la llegada de otro ciclo de violencia, más crudo. Fue en mayo, cuando se tiene conocimiento de uno de los primeros enfrentamientos entre la guerrilla y los paramilitares. El resultado, el desplazamiento de 1.300 campesinos de las veredas de El Topacio, El Diamante, San Juan, Puente de Tierra y La Iraca. Con el ambiente tenso, un mes después se desataría el otro suceso. Un helicóptero sobrevoló San Rafael y también San Carlos, Granada y San Francisco, lanzando volantes que decían:

“Nuestros Frentes de Guerra llegarán pronto a combatir a la guerrilla. Y a partir de hoy las cosas tienen que cambiar aquí. ¡ALÉJENSE DE LA GUERRILLA!”.

“No respondemos por nada de lo que suceda en viviendas cercanas a los campamentos guerrilleros, ni en casas donde alojen guerrilleros aunque estén de civil. ¡ALÉJENSE DE LA GUERRILLA!”.

Nos estaban anunciando de una manera oficialmente su entrada. Llegaron y montaron una de sus bases, la *base de la pantera*, en la vereda La Granja. Acá en el pueblo, iniciaron con lo que llamaban trabajo social, que consistía primero en examinar en dónde había bases militares del Ejército y encontrar posibles colaboradores de la guerrilla, para luego amenazarlos o vincularlos.



[En San Carlos y San Rafael] tenían campos de entrenamiento e instrucción militar, centros de descanso y reabastecimiento de las tropas, mayor injerencia delincriminal, consumando asesinatos selectivos, desapariciones forzadas, secuestros, ejecuciones extrajudiciales, masacres -solo para enunciar El Vergel y Chocó-, amenazas a líderes comunitarios, extorsiones a comerciantes, transportadores y ganaderos, hurtos y un sin número de desplazamientos forzados, así como daños económicos, políticos, ecológicos y culturales, con graves violaciones a los Derechos Humanos e infracciones al Derecho Internacional Humanitario [...].

La Fuerza Pública y las autoridades municipales los veían; no los conocimos mucho para enfrentarlos. Además, la orden que tenían los paramilitares era no pelear, especialmente con el Ejército. En las calles del pueblo se instalaban en las esquinas para vigilar lo que se hacía y pronto se tomaron la vía que conduce a San Carlos, ejerciendo controles los fines de semana y los días festivos. El pueblo se llenó de uniformados.

[...] usábamos camuflado del Ejército Nacional, botas, riatas, chalecos, insignias de las autodefensas, pavas, gorras, yo compraba los camuflados tipo americano o colombiano ... portaba permanentemente una pistola 9 MM, marca Jericho, tenía un fusil AK-47, calibre 7,62, granadas de manos, tuve un revolver calibre 38, marca Llama, también tuve un Cacidi, tuve una pistola 45, marca ColCaballo.



Por la guerrilla estuvo el Frente IX y por los paramilitares el Bloque Metro y luego el Bloque Héroes de Granada, aunque para nosotros fueron siempre los mismos *paras*. Los enfrentamientos y las retaliaciones entre estos fueron cada vez más sangrientos; lo paramilitares iban y desaparecían a los que consideraban auxiliares de la guerrilla, y la guerrilla venía al pueblo y mataban a los que colaboraban con los paramilitares. Era de uno y otro lado. Con toda esa matanza, la gente se siguió yendo. Aquellas casas que quedaron vacías, fueron arrendadas por los paramilitares o pasaron a albergar a sus miembros. De ahí en adelante, lo que se vivió hace parte de una historia de la vergüenza: controlaron la vida en las veredas y en el pueblo con la imposición de sus horarios, reglas y exigencias; reclutaron a la fuerza a muchos de nuestros jóvenes; aumentaron los desplazados por las amenazas y los enfrentamientos armados; y tras la salida, el desalojo y despojo de las tierras fue un hecho. Se volvió común el cobro de extorsiones, desde aquel que tiene una pequeña parcela hasta el gran comerciante; hubo abusos sexuales, las mujeres las mayores afectadas, siendo los paramilitares los principales responsables; se presionó y atacó a la misión médica, cuando se les obligó a servir prioritariamente a los heridos que fueran del grupo armado por encima de los demás, y también cuando dispararon y quemaron la ambulancia del hospital; se decretaron paros armados, lo que dejó al municipio sin alimentos de primera necesidad; se realizó una toma guerrillera, en la que se quemaron dos estaciones de gasolina y el parqueadero con cincuenta y cuatro vehículos; la detonación de artefactos explosivos en el pueblo, en los puentes en las vías que conectaban al municipio y se instalaron minas antipersona; volaron en repetidas veces las torres de energía eléctrica; robaron motos y carros a su parecer, y de las casas abandonadas cargaron con los muebles; montaron en el pueblo, frente a la mirada cómplice de las autoridades, una casa de tortura y pique. La lista es larga, sin olvidar el dolor que nos dejaron los cientos de desaparecidos y asesinados.





La resistencia, la apuesta de San Rafael por la vida



Hasta acá te he relatado una historia de San Rafael. De ella se desprende un sin fin de relatos personales, familiares y colectivos que dan fe de todo lo dicho. Quiero proponerte que miremos algunas de estas historias, en las que sobresalen el aguante y la fuerza que siempre se opusieron al uso de la violencia. Sí, vamos ahora a hablar de nuestras resistencias.

Como puedes ver, resistir fue el camino que llevó a nuestros padres y abuelos a encontrar las tierras, el oro, las aguas y las montañas que les permitieron salir adelante; a sobreponerse a los múltiples impactos que nos trajeron, desde el llamado del progreso hasta las atrocidades que cometieron contra nosotros todos los armados.

La resistencia en San Rafael la practicamos de múltiples maneras. Si nos ponemos a pensar, nos inventamos una suerte de formas para sobrevivir. A veces lo manifestamos con un comportamiento distinto a lo que realmente somos y hasta nos sorprendimos; o se presentó como una acción entre todos, en la que nuestros lazos comunitarios se fortalecieron. En ocasiones fue volver *a ser normales*, a regresar a lo que era nuestro día a día, esquivando lo que sucedía alrededor. Otros simplemente escogieron, como nuestros antepasados, echar raíces fuera de San Rafael, algunos para no regresar. En fin, aquí hemos hecho de todo para defender la vida, eso sí, añorando lo que fuimos y esperanzados en vivir en paz.

No quiero ser yo quien narre las diferentes experiencias. Como todos tenemos algo que decir, que mejor que sean otros, ¿no crees? Escuchémoslos:



Todos bonitos

Caminábamos ya para nuestras casas a descansar. Trabajábamos para una de las hidroeléctricas y, en mi caso, eran cuarenta minutos de recorrido. En esa época se escuchaba que la gente se estaba yendo a la guerrilla, pero en la vereda no se sabía mucho de eso. Un día, uno de los compañeros de andada nos invitó a una casa que quedaba a mitad de trayecto. No quería ir, pero terminé aceptando. Entramos y lo primero que advertí fue gente armada. Estaba asustado, pero pensé que lo mejor era ocultar mi miedo; sabía que si salía corriendo podría ser peor. Hablaron y hablaron hasta el cansancio. Al final alguien se dirigió hacia mí:

—¿A usted le gusta eso? — me preguntaron.

De mi boca debía salir algo que no me pusiera en riesgo. Apretaba mis puños para que no se viera mi tembladera, pero no sé si logre mi propósito. Todos allí me miraban, esperando la respuesta. Mi primera ocurrencia, por fortuna, fue satisfactoria:

— ¡Claro! — dije—, si se ven hasta bonitos con esas escopetas.

Los armados me miraron con felicidad. Ante esa escena, supe que había encontrado la estrategia para sobrevivir: seguir la corriente. Salí de ahí asustado, pero desde aquel día hice maromas para no dejarme conquistar. Qué cosa, en adelante no faltó ocasión para invitarme pa'l monte. En otra oportunidad me salieron al paso:

—¿Cuándo se va a ir con nosotros? ¡Lo necesitamos!

Apenas pasaba los veinte años y vivía con mi mamá y mi hermano menor. De mi papá no sabía porque se había ido de la casa hace tiempo. Pensaba en ellos, pues yo trabajaba para los tres.

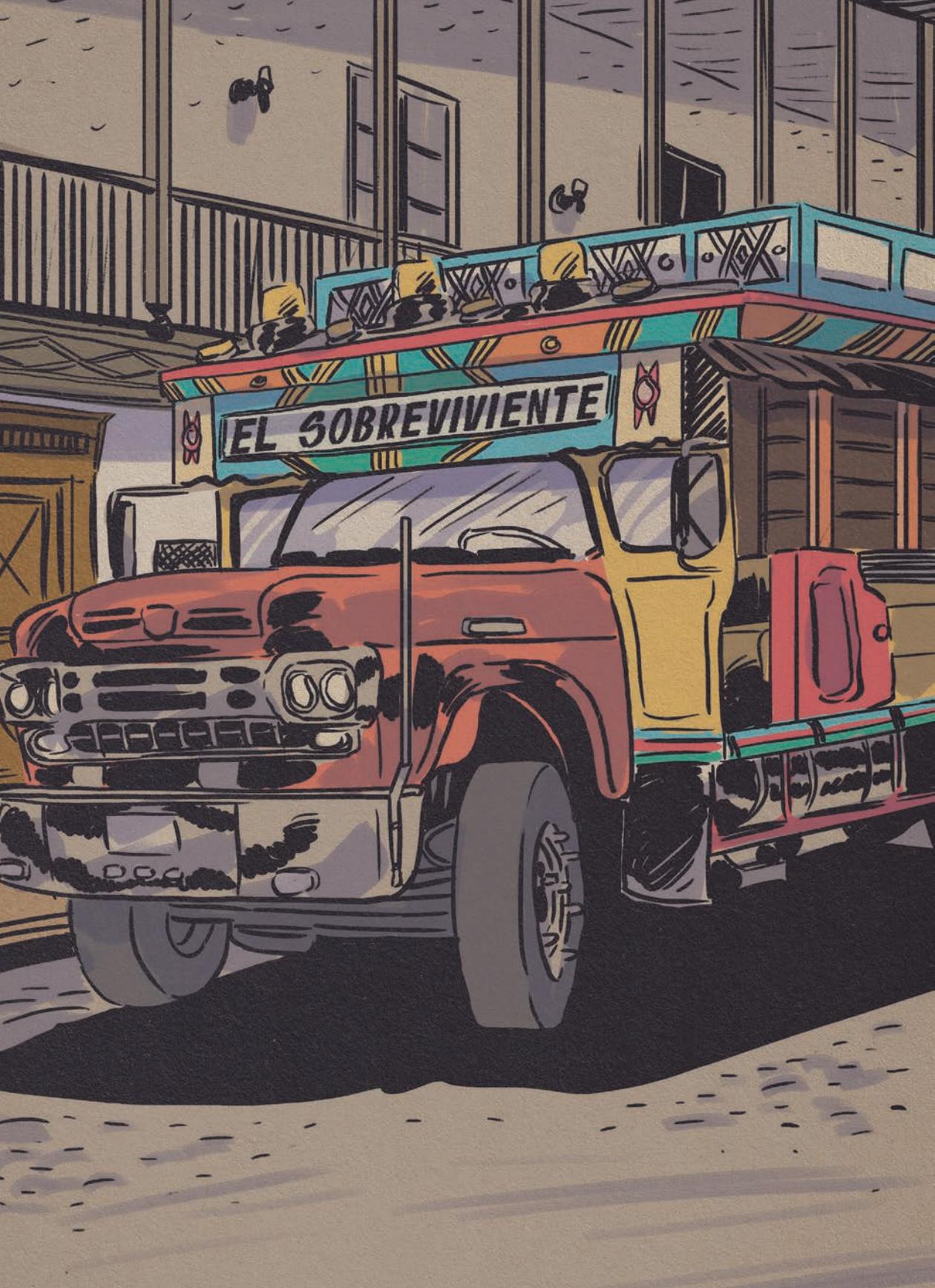
—Sí, claro, pero ustedes saben que tengo que ayudarle a mi mamá —repuse.

La corriente, seguir la corriente... Pensé que me habían dejado tranquilo, pero fueron unos vecinos los que tomaron el turno de hablarme al oído:

—¡Vaya pa' allá! —insistían—. Vaya y luego vamos nosotros. Allá dan plata y se vive bueno.

—No, vayan ustedes primero y después sí miro— respondí.

Fueron muchas las veces en que me insistieron, y en todas tuve una respuesta distinta. Con el tiempo dejaron de insistirme. Sin embargo, por acá se llevaron a familias enteras con esa historia. Pero no puedo decir que todas me salieron bien. No se qué le dirían a mi hermanos, que sí tragó entero. Estaba jovencito. Mi mamá se murió de pena moral porque no supimos más de él.



EL SOBREVIVIENTE

El Sobreviviente

¿Por dónde empiezo? Mire, aguánteme y escúcheme porque todo tiene que ver con todo, ¿me entiende? Las Farc no entraban al pueblo, no, señor; a veces disparaban desde una loma o despertábamos con panfletos del Noveno Frente dando vueltas por el suelo. Nada más. Si se amanecía con difuntos, eran por los gatillos de los paramilitares, cosa bendita. Arranco mi historia con esa noche.

Los gritos eran distintos. “¡¡¡VAYAN PA’ DENTRO!!!”. Yo quería asomarme, pero tenía presente que nadie podía salir después de las seis de la tarde. Era la ley. Agudizaba mis sentidos para no perderme nada: mis oídos reconocieron la marcha de cientos de botas, las voces absolutas que decían *¡métase ya!* y *¡acá estamos, paracos!*, mientras se percibía un olor penetrante. No fue difícil reconocer que la amenaza guerrillera, la de tomarse al pueblo, estaba cumpliéndose.

Ahí sí ni loco me arriesgaba a asomarme. Lentamente, las botas y los gritos se fueron perdiendo en mi cabeza, no los distinguía. El olor me estaba desorientando y comprendí lo que pasaba. Necesitaba reaccionar ante el espanto. ¡Ay, Dios mío! ¡Es gasolina, el olor es gasolina! No se iban a tomar el pueblo: lo iban a quemar, pensé. Ni chiste de escaparme por la plomacera que había; solo nos quedó trancar las puertas y esperar.

A mi casa fueron a buscarme al día siguiente. Quemaron el parqueadero, me dijeron, nada se salvó. Esa noche habían quedado veintiséis vehículos guardados, entre carros pequeños, buses y cuatro escaleras. Una de ellas era la mía. Cuatro personas y una manguera que traía el agua del río bregaron para apagar la candela, pero no se pudo. Ahí estaba mi chivita, la que nos daba para vivir dos hermanos y a mí, chamuscada, desconocida. Me recosté a su lado un buen rato, pensando en que algún día arreglaría otra vez mi carrito. “Ahorraré para levantarlo”, me decía, mientras me secaba las lágrimas de tanto en tanto.

La máquina había llegado a San Rafael en la época de las hidroeléctricas. Cuando acabaron las obras, la empresa decidió venderlas y mucha gente de la región hizo el negocio. Uno de ellos después nos la vendería. Viajábamos a las veredas sin problemas, a El Ingenio, La Iraca, San Julián, Falditas... Se ganaba bueno, hasta que llegaron los *señores*. Nosotros no le hacíamos daño a ninguno de ellos; al contrario, nos buscaban para favores. Si eran los *paracos*, que los lleváramos a las veredas; si eran los *guerrillos*, que les acarrearíamos la comida. A todos tocaba complacerlos cuando se podía.

Me fui a trabajar a otra parte. Fueron dos años y medio, escúcheme, dos años y medio armándola de a poco. A mí me picaba el alma. Con ese empecinamiento, la

revisé y le saqué el motor para limpiarlo y repararlo; le fui comprando cositas, una luz, un espejo, todo de segunda porque no me alcanzaba la plata, mientras mis amigos y la gente me decían que pa' qué todo ese esfuerzo. Yo la quería completa.

La deuda se creció y, finalmente, solo le faltaba el trabajo del electricista. “Eso vale un millón y medio de pesos”, me dijo, y en mis bolsillos solo había doscientos mil. “¡Hágale!”, respondió, “después vamos cuadrando caja”. Las llantas me las fiaron, la empresa de transporte me devolvió las rutas y comencé de nuevo. Al mes y medio, el motor me sacó la mano y me endeudé otra vez.

Ahí tiene usted. Todo fue perseverancia y sacrificio. Me volvieron a obligar a llevar gente, a cargar, pero puedo decir que les salí adelante. En 2011, ya sin paracos ni guerrilla, tuve algo de platica y la mandé pintar. “Hágale algo bien bonito, lo que quiera. Ahí se la confío. Hágale un caballo, unas alas”, dije en el taller. Le dibujaron un unicornio que me gusta mucho. Debajo de la nueva imagen quedó en secreto el nombre que se le dio cuando se recuperó. Algunos todavía recuerdan que se llamaba *El Sobreviviente*.

* * *

Una noche de lluvia

Golpean la puerta con las culatas de los fusiles:

—¿QUIÉN ESTÁ? —gritan desde afuera.

No salimos, permanecemos quietos y en silencio.

—¿QUIÉN ESTÁ? — insisten, mientras el triste portón se va resquebrajando.

Nos van a matar, pienso.

El cielo se desarma. Los golpes del agua en el tejado son tan fuertes y quiero que mis hijas estén inventándose un juego con los estallidos de las gotas. “Me las van a matar”, pienso, lloro. Antes de que entren, me afano y salgo:

— Estoy yo, con mi familia — digo entre sollozos.

A oscuras, nos obligaron a hacer una formación. Nos sale bien, porque solo somos cinco. Quien está detrás de mí, quiere tocar mi mano.

— ¡Los vamos a matar, los vamos a matar!

Se escuchan perros aullar.

Se enciende una luz adentro. Escarban, comen, rompen. Y yo pienso: que hagan lo que quieran, que busquen; que se den cuenta que ellos están en lo suyo, nosotros en lo nuestro. Mis piernas no se mueven, algo les pasa y culpo al juego de mis hijas: debo estar encantado. Pero entonces quiebro la regla y hablo:



— Si me van a matar, mátenme, pero no estamos haciendo nada — hablo fuerte, como para ganarle a la lluvia.

— Nos han dicho que ustedes esconden gente conocida, gente ajena—, dice el que manda, y agrega — ¡Ustedes les dan comida!

Les voy a decir que no, que son ellos los que han venido a quitarnos la comida, que han aparecido muchas veces a que les llenen los platos, que se han robado diecisiete reses. Quiero negar y es difícil, pues ahora estoy paralizado por el juego de aquel hombre que apunta su fusil a mis hijas.

— Sépanlo y entiéndanlo: nosotros somos los que vamos a mandar— dijo imponente. No vayan a decir nada, porque les quebramos las costillas. Si hablan y llega la tropa, esto no va a quedar nada, ni árboles. Y por si no quedó claro, esta finca es de nosotros.

Ya no están. ¿Quiénes son? ¡Qué importa! Todos andan de verde. Se han llevado la ropa buena y mis hijas están afanadas porque no encuentran a su conejo mascota.

— Hay que secarnos — les digo cariñosamente —. Mañana lo buscaremos. Revisaremos la huerta, la caseta donde se amarra la mula; si no, andaremos entre las rocas, por el río, pasaremos por la escuela, iremos más allá. ¿Les gusta?

Afirman todas con la cabeza, mientras mi mujer mira hacia la noche.

— ¡Sí, qué bueno! Vamos a ir por otra, por aquella que pasa por detrás de la loma, la que se agranda con los días, la que va a la ciudad.

Fiesta de disfraces

Recuerdo que bajamos de la *escalera*. Varios hombres armados nos rodearon, mientras otros pasaron a registrar nuestras pertenencias y los nombres de las cédulas, buscando evidencias de que éramos del otro bando. Sus ojos estaban sincronizados con las armas que empuñaban y sabíamos que no tenían dudas en usarlas. No andaban tras nuevas señales que pudieran indicarles algo extraño; al contrario, estaban determinados a verificar solamente una pista: cómo vestíamos. Así, las miradas se fijaron en nuestra gastada ropa, la de todos los días. Y sí, no era difícil dar con esas huellas: las botas de caucho, los rastros de la tierra en las camisas, en los pantalones, en los cuerpos. Ahí estábamos nosotros, los supuestos enemigos.

En los retenes del pueblo fueron muchos los amigos y conocidos que asesinaron y desaparecieron. El miedo nos tragó enteros. Decidimos entonces no acercarnos más, intentando sobrevivir con lo que cultivábamos en las fincas e intercambiando. Así se hizo durante un tiempo, pero el hambre nos obligó a ceder. En nuestras casas, la comida se debía compartir con los otros, *los de allá*, cuando sorpresivamente



aparecían en los ranchos y montaban campamentos para pasar una o dos noches. Pedían para diez, para veinte, para todos, y así, de a poco, todo mermaba.

En el parque todo era *normal*. Los que dan muestras de aseo en sus prendas se les permite seguir, mientras los que quedamos, continuamos recibiendo los alaridos acusadores de que somos guerrilleros. Con los nervios reventados, explicábamos que no, que somos campesinos; que las botas son porque los zapatos no aguantan y lo mal trajeados por trabajar con la tierra, ¿qué más podía ser? Se divertieron con sus armas en nuestras nuca, obligándonos a sentir pena por nuestras ropas enlodadas, frente a sus camuflados impecables en limpieza y sangre. Será la última vez.

Hoy es sábado. Dentro de poco pasará la *chiva* para ir al pueblo. El plan está listo y le pasamos la bendición dos veces. La guerrilla sabe que vamos a comprar arroz, aceite, sal y no nos van a detener. Ni se interesarán en las bolsas que portamos. La corneta de la chiva suena dos veces, anunciando que se acerca a la parada, lo que nos afana. Estamos listos.

La *escalera* está llegando a su destino, el centro del pueblo, y allí está el retén de los *paracos*. Nos miran de arriba abajo, abajo arriba, siguiendo con la parte del ritual en que apuntan a los inocentes. Vamos pasando por sus prubeas y, de a poco, cada que avanzamos la requisa nos vamos tragando la felicidad, dando pasos calmados, aguantando la incomodidad de llevar unos zapatos limpios y poco usados, previniendo que cualquier mancha caiga en las camisas limpias y educadas. Este nuevo uniforme dice que *somos* de ellos, pero que mientras no nos impidan comprar lo que necesitamos, no nos incomoda. Pasamos el día sin problemas, ahora esperando la hora para volver. Allá, en la enramada cercana a la parada de la chiva en la vereda, nos esperan escondidas varias bolsas con botas y camisas que hacen juego con lo que somos.

Un muerto menos

“... por favor, comuníquese con su madre que está enferma en el hospital”. El mensaje se repitió en varias oportunidades a través de la emisora del pueblo, que era el único medio de comunicación, porque el celular era cosa de ricos. En una vereda, un jornalero pegado a su radio escuchó la nota y, al instante, fue a buscar a un joven conocido:

— Lo están buscando.

El mensaje lo había enviado mi mamá, a ver si conseguía información de mi hermano. En la noche anterior, los paramilitares llegaron a la casa a preguntar por él. Acababan de matar a un vecino, un líder comunitario, y llevaban su cuerpo a rastras por el camino. Como no encontraron a mi hermano, se desquitaban con nosotros. Entonces, sacaron sus armas. Uno de ellos nos apuntó y recuerdo que bajé la cabeza y me estremecí.

Yo pensaba en mi papá, a quien cuatro años atrás se lo llevó la misma violencia. De él me quedó el trabajo legal, lo cual me enorgullece, y en mi casa aprendimos a salir adelante sin hacerle mal a nadie. Por eso no entendía lo que pasaba, el muerto en la casa y esa pistola señalando mi cabeza. De repente, el arma sonó.

No fue el tradicional retrueno, sino algo más leve. Clic, clic, clic. El hombre insistía, pero nada. Clic, clic. Se había escasquillado el aparato. Sin embargo, no nos habíamos salvado. Otro de ellos tomó su revólver, se acercó a nosotros, apuntó y apretó el gatillo: clic, clic, clic. Para no creerlo. Dejaron de intentarlo. Agarraron su muerto y se fueron. Habíamos vivido un milagro. Recogimos la ropa buena y marchamos hacia el pueblo.

A mi mamá se le ocurrió que, si le avisábamos a mi hermano por la emisora, quizás el buscaría la forma de contactarnos para irnos todos. Mi hermano se encontraba en otra vereda, escondido. En la zona no era desconocida la presencia de todos los grupos, por lo que su salida era realmente complicada.

— Lo están buscando — le dijo el jornalero a mi hermano—. Tranquilo, acá le vamos a ayudar.

En la vereda lo envolvieron entre costales de comida y lo montaron en una mula. Habían acordado que no se tomaría el camino corto, porque era muy seguro que los iban a requisar. Lograron llegar hasta la carretera sin preocupaciones, pero aún estaban retirados del pueblo. El conductor de una camioneta privada y luego el conductor de un bus intermunicipal aceptaron llevarlo sin que dejara de esconderse entre los costales. Así entró al pueblo.

El resto fue un corre-ve-y-dile. En el puesto de salud se anunció la llegada de una encomienda para una enfermera conocida. Al rato, la enfermera pidió un tiempito para informar un asunto personal a la señora de la funeraria; la señora de la funeraria, que estaba atenta al velorio del vecino que habían asesinado los paras la noche anterior, nos reconoció en la sala de velación y me llamó aparte:

— Mijo, su hermano está en el centro de salud.

— ¿Qué? —dije sorprendido.

— Yo los voy a ayudar, pero prométame algo: debe contarle a su mamá, pero sin hacer alboroto. No es momento de verlo aún, así que hay que esperar.

Yo no salía del asombro.

En el pueblo, los paramilitares se paseaban sin control. Cuando asesinaban, asistían al velorio para saber qué se decía y, a veces, para ajusticiar a otros. Yo no sabía qué hacer, pero, por fortuna, la señora de la funeraria sí. Fue con el carro fúnebre hasta el centro de salud, subió a mi hermano y se regresó.

Me ordenó que fuera a conseguirle ropa a mi hermano, lo que hice, y nos encerramos en un cuarto sin hacer ruido. Afuera, maliciosamente, se comenzó a esparcir el rumor de que mi hermano estaba muerto, a ver si con eso dejaban de buscarlo o para confundir más las cosas. Pasadas tres horas, entró a la habitación en donde estábamos escondidos:

— ¡Apúrense! Lo vamos a sacar ya— dijo.

Mi madre no podía soltarlo, olvidando la urgencia que teníamos. La señora de la funeraria lo tomó por los hombros y se lo arrebató a mi madre, y dirigiéndose a él le ordenó:

— ¡Métase en este cofre!

Sin saber el porqué, de un momento a otro, en la sala de velación de aquella pequeña funeraria había dos cofres. El ataúd en el que iba mi hermano se fue montando con la calma de un entierro real, todo bajo la mirada de los paracos que no entendían lo que pasaba, ni por qué había dos muertos aquel día en que solo mataron a uno.

San Rafael es muy grande. Nos la jugamos por que no todos reconocieran en el pueblo a mi hermano. El carro mortuario se fue alejando lentamente, mientras nosotros cruzábamos los dedos para que todo saliera bien. En Guatapé se bajó y tomó lo poco que llevaba y se fue a Medellín. Con el tiempo, también nos fuimos y allá nos radicamos con él.





Sueños

En mi cama soñaba cómo sería el escape. Los planes que pensaba en la seguridad de mi cama eran los mejores: confundía la inspección de los fusiles, traspasaba los retenes, los caminos se presentaban vacíos. Los recorría sin afanes, con mis hijos siguiéndome. Los sueños espantan el miedo.

Cuando entraron los paramilitares, las calles se llenaron de terror. “Llegamos a mandar”, decían. En las esquinas permanecían uno, dos, para controlarnos. Robaban las motos a los muchachos y los trabajadores; cruzaban el pueblo a gran velocidad para ir a asesinar aquí y allá. A las seis de la tarde daban la orden para encerrarnos en las casas. ¿No hacías caso? Ya estabas muerto. La Policía y el Ejército compartían con ellos, no era un secreto, se sentaban juntos en las cafeterías, sin mover un dedo, tomándose un fresco. Y sí: eran los dueños.

A mí me *obligaron* a soñar. La fecha no la recuerdo, pero sí que tengo en la cabeza el momento: el sonido de la puerta que se cae, el llanto de mis hijos, y sentí que unas fieras se entraban en esa oscuridad. “¿Qué es lo que pasa?”, tartamudeo, y “¿en dónde está?”, responden. Mis hijos se pegan a mi cuerpo, nos obligan a salir, mi garganta está trabada. Mientras, mi esposo se escabulle por un sin camino del monte.

Nos fuimos a la casa de mis padres y allá, casi dos años después, llegaron para avisarme que mi esposo estaba muerto, que fuera a recoger el cuerpo. No recuerdo en dónde lo mataron, pero que fuera. Los asesinos se quedaron frente a la casa, desafiándome el pesar, con ganas de jalar los gatillos y a la espera de ver quién hacía o decía algo. Me entré y cerré la puerta. Allí, parada, tuve mi primer sueño despierta. Soñé que era las mujeres de San Rafael, las madres, las esposas, las hijas. Yo era esa angustia que se nos pegaba a todas las mujeres envueltas en llanto, pasmadas por no poder contar cómo nos revolvíamos por dentro. “Por favor, recójame el cuerpo”, le rogaba al alcade cuando volví a la realidad, “mire que está allá tirado”. Nada hizo. Le molestó que fuera a buscar a los bomberos, que sí se compadecieron. Qué le vamos a hacer. Lo trajeron, lo descargaron, lo prepararon para el entierro. Nos tocó sin velación por el miedo.

Tengo fe en los sueños. Fíjese que a los colegios iban a reclutar a los muchachos. Se le acercaron a mi hijo varias veces y les enredaba la pita. Terminaría el bachillerato dentro de poco y andaba espantado sin saber qué hacer. “¿Y si me llevan, mamá?”. Veía su angustia y quería soñar con espantarle el miedo, que me mordiera solo a mí. Entonces, se abrió una oportunidad. Le sonaba irse a prestar servicio militar, por lo que debía viajar a Medellín. En el retén lo dejaron seguir, siempre y cuando volviera, pero allá las tías no lo dejaron. Mi hija se quedó creciendo a mi lado. Luego de la



partida de mi hijo, supe que también los sueños me pedían algo. Y de a poquitos, me fui metiendo a trabajar con la comunidad, pero eso ya es otra historia. Hoy mis hijos tienen cuarenta y uno y veintisiete. Yo, sesenta y siete.

* * *

Una entrevista mirando a los ojos

—Dígame, por favor, ¿qué pasó? — fue mi pregunta inicial.

Nada había de anormal en la forma de vestir de aquel hombre. Usaba un sombrero, poncho y zapatos, como cualquier hombre de campo. De la guerra le había quedado una mano rota y un hombro dislocado; si le pesaba la conciencia, no sabría decirlo. Hablar con el comandante Gabriel, quien fuera uno de los líderes del Noveno Frente de la guerrilla de las Farc acá en San Rafael, me producía una sensación de pánico al extremo, que era controlada a medias por el deseo de saber qué fue lo que sucedió realmente aquel martes.

Días antes de que se diera el encuentro, el temor que cargaba se propagaba más y más, y por algún motivo comencé a tener la sensación de estar indefensa. ¿De qué? No sabría decirlo con exactitud. Quizás porque desconocía lo que me iba a encontrar o porque no contaba con la aprobación de mi familia. Cuando les comenté lo que iba a hacer, hubo un silencio incómodo; solo mi mamá contestó:

—No hablemos de eso.

Se iban a cumplir dieciocho años de la masacre, en la que un grupo armado disparó contra diez personas que viajaban en una volqueta que se dirigía a San Carlos; todos iban a trabajar. Mi papá fue uno de los asesinados. En el pueblo se mencionaba siempre que habían sido los paramilitares, aunque no faltaba quien señalara a la guerrilla, mientras las autoridades, como siempre, pasaban de agache. Yo quería saber, en realidad lo necesitaba. Antes de entrar a la cita, pensaba en cómo preguntar, en lo que me iba a encontrar. Estaba angustiada.

Me acomodé a cierta distancia de *Gabriel*, y comenzamos el diálogo con los formalismos. En algún momento fue él quien decidió entrar en el tema, lo que me quitó una carga de encima, porque todavía no sabía cómo hacerlo.

—Soy de San Rafael — dijo.

—No lo sabía —respondí.

—Algunos de los que fuimos comandantes nacimos acá —agregó.

Era el mito que recorría el pueblo. Se le escuchaba a los adultos, a los jóvenes; y se replicaba en la iglesia, en el colegio, en las calles: al pueblo no se lo toma la guerrilla

porque los guerrilleros que mandaban eran de San Rafael. Mientras me relataba, lo miraba callada, agarrando fuerzas para preguntar.

—San Rafael es el patrón de los caminantes, ¿sabía? —me dijo, queriendo entablar más la conversación.

Todo continuó hacia una dirección que poco me interesaba. Entonces, de un momento a otro, mostré mi interés. ¡Oh, Dios mío!, dame el valor, pensé.

—A mi papá lo mataron — dije—, fue el 15 de octubre de 2002, en la vereda Tesorito. Dígame, por favor, ¿qué pasó?

No lo meditó demasiado:

—Fue un error — declaró.

—¿Un error? — respondí sorprendida.

—Una orden equivocada—, comentó sin ampliar más su respuesta.

Rabia. Eso sentí. Uno se equivoca en cosas, pero en eso, no. El resto del acercamiento no tiene importancia ahora. Sin embargo, luego del encuentro el rompecabezas que era mi vida fue tomando otra forma: la ansiedad fue desapareciendo y experimenté una sensación liberadora. Mi historia se uniría con más fuerza a lo que es la memoria de mi papá, y nacería en mí la empatía por las demás víctimas.

Mi resistencia fue buscar y enfrentar la verdad, sí, y también escuchar; me permitió sanar todo lo que me quemaba por dentro. Hoy ya no lloro como antes, ni se forman nudos en mi garganta. Hay que continuar porque aún nos falta mucho por saber y por decir.

El secreto

Al comienzo nos reuníamos los martes. Cuando comenzaba a oscurecer, desde el portón de mi casa revisaba que no hubiera alguien apostado en la esquina; caminaba de manera calmada, si es que ese andar se pudiera en las noches. Cuando me paraban, decía que debía ir al hospital, que tenía un fuerte malestar. Sea como sea, yo tenía que ir. En realidad sí me dirigía al hospital, lo que hacía que no se sospechara.

Tenía quince años cuando fui por primera vez. Me decidí porque aún tenía el recuerdo del asesinato de mi papá. El director del hospital me había hecho la propuesta:

—¿Y si vas? Te escapas un poquito de todo —me dijo—. Te puede gustar.

Esa primera vez llegué ansiosa. Entré al hospital, pero no sabía a quién preguntar. Solo tenía en la cabeza una persona:



—¿Está el doctor Caro? —pregunté a una enfermera conocida, mientras que apretaba fuerte mi estómago, imitando la postura de un dolor en el vientre.

—No, demora un rato en llegar— ¿Vienes sola?

No supe cómo reaccionar. Iba a seguir con el juego, pero me dio miedo. Revisé que no hubiera alguien alrededor y, en voz baja, dije:

—El doctor me dijo que viniera.

La enfermera entendió. Me hizo pasar al auditorio.

El lugar estaba vestido de negro. Las ventanas estaban recubiertas de cortinas que impedían entrar la luz o que miraran lo que sucedía allí. Me recibieron otras enfermeras, médicos que hacían su año rural, otros que eran residentes. Y también había pacientes. Seguí revisando y descubrí funcionarios, profesores, amigos de colegio, vecinos. Era un pequeño San Rafael compartiendo un secreto. Antes de entrar, imaginaba que habría un silencio profundo para no atraer algún curioso que pudiera poner en riesgo la reunión. ¡Bah! Se hablaba y reía, se tocaba guitarra, algunos bebían vino.

De pronto, de manera calmada apareció el doctor Caro. Saludó a todos agitando su mano, agradeciendo que estuviéramos allí. Nos miró por unos segundos.

—¡Vea pues! Hoy somos treinta. Y cómo me alegra ver caras nuevas.

Se dio la vuelta y, entonces, de su bolsillo sacó un DVD.

— Si alguien me ayuda y apaga la luz — dijo.

Fue sonando la música de la película, apareciendo en la pantalla el título, los nombres de los actores. Era nuestro escape.

No siempre eran sesiones con mucha asistencia. A veces íbamos solo tres, a veces más, pero no dejó de faltar la película semanal. Cuando no podíamos en el hospital, la cita era en la Casa de la Cultura; si no, el doctor prestaba su casa. Sin importar el sitio, allí íbamos. Además de divertirnos y aprender, las películas nos llevaron a hablar de lo que nos pasaba. Cuando se encendía la luz, queríamos sacar de lo que sentíamos. ¡Y sí que había dolor! ¡Y sí que queríamos hablar!

Amamos y defendimos el cineclub. Le llamamos “El reparador de sueños”. Cuando afuera sonaban disparos, nosotros, adentro, bajábamos un poco el sonido de la película, nos acercábamos más para seguir prestando atención. Así fue varias veces. Con el tiempo dejó de ser un secreto, los paramilitares se enteraron y quisieron prohibir algunas películas. Una noche se tenía previsto ver “Voces inocentes”. Aquel que mandaba más en el pueblo se enteró; llegó a la función acompañado de varios hombres armados.

—¡Esa vaina no me la presentan! — ordenó.

—Qué pena, comandante —respondió el doctor Caro, intentando calmarlo—, pero no entendemos qué tiene de malo.

—Así no más. No quiero que presenten eso, mijo.

El doctor quiso buscar una solución. Le pidió que lo acompañara afuera para hablar, mientras que nosotros quedábamos vigilados. Al rato volvieron juntos; el doctor pasó adelante y comenzó a explicar la película, como siempre hacía, mientras que el matón se sentó con nosotros. Solo habían pasado veinte minutos, cuando el mandamás se levantó y caminó directamente hacia el doctor Caro. Nos asustamos. Esos hombres podían hacer cualquier cosa. Le dijo algo al oído, el doctor asintió, se levantaron y volvieron a salir. Pero antes, el doctor nos dijo que no se detuviera la película. El doctor volvería solo. A los hombres se les ordenó que salieran. Nunca más volvieron a molestar. Nunca supimos qué fue lo que hablaron esa vez.

Al doctor Caro lo trasladaron. Nos dejó el amor por el cineclub, que todavía está en pie. Años después el doctor contaría qué fue lo que sucedió esa noche. Salieron del hospital. La cara de aquel hombre estaba llena de lágrimas y le temblaban las manos.

—Esa película... esa película, doctor, es la historia de mi vida. Eso me pasó... —dijo sollozando.

El doctor solo se limitó a escuchar. Le contaría las dificultades de su familia, de su paso por el Ejército y de cómo llegó allí, antes de que se viera en una película.

—¿Sabe qué, doctor? —dijo ya con más calma—, haga usted lo que quiera. Usted tiene todo mi permiso pa' lo que sea.

Sí. El cine nos puso a hablar a todos.

La bicicleta

Mi familia fue desplazada como a muchas acá. Mis hermanos menores, dos hombres y una mujer, debieron salir a Medellín porque los paramilitares y la guerrilla querían llevárselos. Una noche sí nos tocó salir a todos: llegaron unos hombres de las AUC y nos señalaron de ayudar a la guerrilla, pero eso era totalmente falso. Días antes, a la tienda habían llegado unos extraños a comprar víveres y refrescos, que nosotros no los distinguíamos. No sabíamos si eran de un grupo o no, ¿y a quién se le ocurriría preguntar? Allá le vendíamos a todos. Pero no entendieron razones y, sin más, ese hecho nos convirtió en auxiliares. Nos ordenaron salir y dejar la casa con la puerta abierta. Entonces nos vimos obligados a viajar a Medellín, para vivir ya todos juntos en un apartaestudio. Sin embargo, algo teníamos: no nos quitaron las fuerzas para

regresar y empezar otra vez. Mi historia es sobre esto mismo, cuando decido retornar a San Rafael, aun cuando conocía que todo seguía igual.

Volví al pueblo en 2002 con la ilusión de no dar marcha atrás, convertida en odontóloga. Me vinculé al cuepo médico del hospital y, poco a poco, me familiaricé con el ritmo de trabajo. A pesar de que conocía que los paramilitares contibuan mandando, aún no podía soportar *la normalidad* de las muertes. Como todos, conocí al líder en el pueblo, a los que se paraban en las esquinas para controlar, a los que cobraban las *vacunas*. Es con dos de estos últimos que quiero relatar mi experiencia.

Tres veces a la semana tomaba mi bicicleta y pedaleaba por la vía a Medellín para hacer ejercicio. No le tenía miedo a pedalear al lado de los vehículos de carga pesada o los buses porque conocía en detalle el camino. Me gustaba la bicicleta para moverme, pero no era capaz de ir al pueblo en ella. No era que me faltaran las fuerzas, sino que en una oportunidad, en una curva, me caí: me topé con un cadáver. Golpeada, monté otra vez y me devolví. El cuerpo no lo pude ver.

Decidí guardar entonces mi bicicleta por un tiempo y tomar el bus hacia el hospital. Una mañana, en mi turno, llegaron al hospital para que atendiera con urgencia un procedimiento dental a uno de ellos. Los reconocí de inmediato: los que cobran las vacunas. Como estaba con mi asistente atendiendo otro paciente, le sugerimos que esperara a que termináramos.

—No. Lo hace ya — habló uno de ellos en tono de amenaza.

Sin levantar la cabeza, y sin mostrar mi temor, le respondí:

—Tiene que esperar. No puedo dejar lo que estoy haciendo.

No le gustó mi respuesta. Al que le dolía la muela no paraba de presionar su mandíbula para disminuir su dolor, mientras que los otros dos continuaban con la intimidación. El ambiente se tornó denso, a la espera nerviosa de otros pacientes y compañeros que presenciaban la escena. Es ahí en que sacan sus armas. La cara de mi asistente me advirtió que quizás debía ceder ante su petición. Sin embargo, no estaba en mis planes. No era que tuviera calculado lo que iba a suceder; mi plan se basaba en poder seguir viva. Entonces, no sé de dónde me salió la respuesta. Me levanté de mi silla y los miré fijamente:

— ¡Puede que usted mande afuera, PERO YO MANDO ACÁ!

Y eso fue todo. Volví a mi lugar, con mi paciente. Les tocó esperar el turno.

Haberlos encarado me dio un respiro. Pensé que podía retomar la bicicleta para poder olvidar un poco lo que pasaba en el pueblo y poder distraerme. Eso me hacía feliz. Días después, en uno de mis recorridos, presencié algo que me impactó. Uno de estos mismos hombres que me amenazaron en el hospital, estaba cerca de la vereda en donde vivía acompañado de quienes fueron los jefes paramilitares del pueblo. Y



con ellos, una mujer embarazada. El hombre cavaba un hueco, mientras la mujer lloraba. Me devolví a guardar otra vez la bicicleta. Esa misma tarde, me avisaron para que estuviera pendiente, que necesitaban que identificara dos cuerpos por sus placas dentales. Por supuesto, ya sabía quiénes eran.

A veces, culpaba el montar en bicicleta por todo lo que veía. Comencé a meditar que, en efecto, no tenía que ver lo uno con lo otro, por lo que quise retomar mi gusto. Como pude ver, no pasó nada raro esa mañana, y me sentí bien. Al llegar al trabajo, me informaron que dos jóvenes habían sido capturados por el Ejército y la Policía, y necesitaban saber si eran menores de edad por las placas dentales. Me alistaba con mi asistente, cuando me sorprendí al ver a uno de ellos: era el otro que cobraba las vacunas. Me dio pena saber que quizás era un niño. De pronto, me sacaron de mis pensamientos.

—Doctora, preguntan por usted — me dijo mi asistente con nerviosismo.

Entraron dos hombres que no conocía.

—Esta mañana trajeron a dos muchachos. Necesito que diga que no son menores.

—Ahí sí va a estar difícil —respondí —, porque yo no decido eso. Son las placas las que lo dicen.

—No se arme problemas, doctora —hablaron secamente.

—Pues le sigo diciendo que está difícil. Me puedo negar a hacerlas, pero otro colega hará las evaluaciones y saldrá la edad.

No pensaron en ningún momento en lo que les decía. Me respondieron:

—Hágale y diga que son menores. Si no, usted ya sabe.

Salieron del consultorio. No sé cómo entraron, con la policía cuidando a los detenidos. Lo pensé por un instante, con mi asistente esperando a ver qué indicación les daba. Al final, tomamos las radiografías y sí, eran menores. Me dolió mucho saberlo. En el informe que presenté no mentí, a sabiendas de que pudiera sucederme algo malo. Supe que había hecho lo correcto, aunque esa noche llegué a mi casa pensando que lo mejor era no salir en bicicleta al otro día.

Tiempo después, tuve una hija y pasé a vivir en el centro del pueblo. Una tarde, cuando alimentaba a mi hija, sentada en una mecedora al frente de mi casa, un muchacho quiso refugiarse en mi casa.

—Me van a matar — decía casi llorando.

De repente, aparecieron tres hombres armados, apuntando al desgraciado. Yo rogaba y lloraba para que se fueran, mientras que el muchacho pedía por su vida. Fue cuando lo reconocí: el mismo niño que cobraba las vacunas, el mismo menor de edad. Se lo llevaron a rastras y pude cerrar la puerta. Al momento sonaron los

disparos. Pensaba: Mañana me dirán que debo reconocer un cuerpo, y yo ya sabré quién es. Miré a mi bebé:

—No queremos esto— dije.

Esa noche salimos del pueblo. Hasta ese momento aún pensaba que podría retomar la bicicleta, por lo que la conservaba. Al final no supe qué pasó con ella.

Los amigos

Nos encomendábamos a la Virgen para poder regresar a la casa sin problemas. Partíamos en dos motos de bajo cilindraje, cargados de disfraces, un par de instrumentos musicales y una grabadora, a la que golpeábamos para que trabajara. Cuando llegábamos a las escuelas, los niños nos recibían con alegría. Era muy bonito.

Éramos un grupo de amigos muy inquietos, a los que siempre nos gustó la música, la danza, el teatro. Si había un evento artístico, y se necesitaba trabajar las veinticuatro horas, ahí estábamos nosotros. “Muchachos, hay que ir a las veredas, allá hay mucha tensión”, nos decían. Por eso, cuando nos propusieron ir a presentar una obra de teatro para explicarle a la gente cómo se hace un pozo séptico, los cuidados que se debe tener y su mantenimiento, ahí mismito sabíamos cuál era la respuesta.

—¿Será que eso les queda difícil? —nos preguntaron poco convencidos.

—¡Para nada! Se lo tenemos —respondí, como si fuera un reto.

— Ah, muy bien. ¿Y eso como para cuándo estaría?

Al mes ya teníamos organizado todo, listos para recorrer las veredas. Sabíamos que no iba a ser tan fácil, que con seguridad íbamos a toparnos con problemas. Lo primero que se nos vino a la cabeza fue el robo de las motos. Ya nos habían advertido, pues aparecían con el cuento de que les enseñáramos a manejarlas, se montaban y luego se perdían en ellas. Pronto salimos de esa idea, porque las que teníamos no eran como las que ellos apetecían. Buscábamos y buscábamos razones que nos pusieran en riesgo, y al final, como nadie se prepara para este tipo de encuentros, seguimos adelante.

Pero sí nos pasó algo que, podríamos llamarlo, curioso. En una ocasión, comenzábamos con la obra y, de un momento a otro, rodearon la escuela veinte o treinta hombres armados, sin saber quiénes era. Si, nos dio miedo, pero nosotros éramos la distracción para los que vivían día a día con ese miedo, por lo que continuamos.



A la ventana se asomaron cinco hombres. Sus miradas nos seguían, y nosotros, algo nerviosos, pero dándole a la obra. Se fueron metiendo y, al final, les ganó la curiosidad.

—Profe, vea, ¿eso qué es? —, agarrando la flauta de madera.

—Una quena —dije con mucha calma.

Otro agarró el tambor y le daba golpes. Reían.

—Qué bueno que vengan por acá —dijeron en voz alta, para que nadie se quedara sin escuchar—. Ustedes saben que son otros los que se tiran la región, no nosotros...

Eran de las AUC. Le estaban echando la pelota a la guerrilla, como si no supiéramos cómo eran las cosas. Luego de su discurso, nos acercamos al que habló:

—Vea, jefe, ustedes están en su guerra. Por favor, déjennos hacer nuestro trabajo. Nos miraron por unos segundos.

—Bueno, profe, hágale. Que estén bien.

No pasaron más que un par de minutos, cuando, de repente, todo el lugar se llenó de gritos y personas corriendo. ¿Qué pasó? El ruido de un disparo en una vereda cercana, lo que provocó de forma instantánea una balacera. Allí, entre todo ese verde del pueblo, me quedó más que claro que ambos grupos permanecían ocultos, listos a responder a cualquier señal. Pensábamos estar seguros escondidos en el cuarto de la profesora, cuando ¡buuum!, el techo se levantó y volvió a caer en su sitio.

—Nos están lanzando granadas — dijo angustiada la profesora.

No acomodamos como pudimos y permanecemos callados.

Unas semanas después, en la última presentación de la obra, desde las motos vimos un grupo de hombres con camuflado entrar a la vereda. Al llegar, no podíamos creerlo. ¡Eran los mismos! Nos saludaron como si lo que sucedió hubiera sido fuera un mero trámite. Nos saludamos y seguimos a la escuela para la presentación. Se limitaron solo a observar desde la ventana por un rato. Cuando terminamos, sacamos algo de fuerza y nos dirigimos hacia ellos. Teníamos algo para decirles.

Paramos en el billar, en la mesa en que descansaban. Sacamos una botella de aguardiente, una que llevábamos para calmar los nervios. De un momento a otro la bebida se acabó. Salió otra, imagino que ellos la pusieron. Al rato, ya todos dopados, hablamos:

— El día de los balazos —hablé con algo de seriedad—, los niños de la escuela y el profesor se quedaron afuera, entre las matas...

—Sí, los vimos. Se fueron diez minutos antes —, interrumpió uno de ellos.

—Sí, jefe, pero eso no tenía que haberles pasado. Les tocó debajo de los árboles, con las balas alrededor, salvándose a punta de rezos...

Una buena parte de aquella charla se fue en nuestros reproches. El trago espantó los miedos de nosotros, de estar sentados con ellos y de regresar al pueblo, porque terminamos de beber tarde, y a ellos les apaciguó la calentura de la sangre. Luego de aquel encuentro, comprendí que lo curioso no consistía en estar sentado bebiendo con ellos, ni poder señalarlos de ser responsables de lo que sucedía sin correr riesgos. No. Creí haber descubierto la estrategia que muchos usamos sin saberlo para poder sobrevivir a los horrores: aparentarles una amistad. Comprendí entonces a quienes los saludaban, les aceptaban un café o una cerveza, cuando a la vuelta de la esquina habían dejado tendido a alguien. Fuimos muchos los que resistimos de esa manera, callando y sonriendo, aceptando y alejándose. Difícil aceptarlo, pero nos conviene sacarlo ahora que tenemos la claridad de las cosas.

* * *



Vivíamos con mucho miedo. Sin embargo, una de las formas de resistir fue siempre conservar la esperanza de tener un mejor lugar para vivir. En el fondo de mi corazón estaba una esencia ancestral que le fue dando forma a mi carácter. Lo fui descubriendo y pronto se convirtió en mi escudo, me sentí de acero y creí poder enfrentar a la muerte. Luego, entendí que en realidad tenía algo frágil.

Entonces, no hice caso a mis pensamientos ni a mis sentimientos. Me levantaba cada día firme y segura, y, ¿por qué no?, feliz. San Rafael es un paraíso, es mi casa, la de mis padres y abuelos; aquí echamos raíces. Esa era la verdadera confianza que me motivaba. Así, salía a caminar por las calles, por el parque, con una sonrisa para alegrar a todos. Saludaba con amor, escuchaba con atención. Comencé a vivir con la certeza de que aún no era el momento de dejar el mundo.

Testimonio
Habitante de San Rafael



El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia



Centro Nacional
de Memoria Histórica